

1 de abril de 1998

Cuando desperté, no podía respirar.

No sabéis lo que es eso. La sensación de alarma es mucho más inquietante, sin duda, que la de abrir los ojos y que el dinosaurio continúe allí. Supongo que del bicho puedes salir huyendo.

Al principio era solo un dolor en el costado, producto, pensé, de la incómoda posición que había adoptado durante la noche, enroscado como un feto y exageradamente tumbado hacia mi derecha, justo sobre el precipicio de la cama. Más tarde deduje que, en realidad, amanecí en esa postura contraída porque me aliviaba de lo que me hubiera ocurrido mientras dormía. Incluso dormido, mi cuerpo se adaptó a las circunstancias para garantizar, si no mi supervivencia, que al menos cumpliera las horas necesarias de sueño.

Fui a tomarme el café a la cocina, pero ya en el recoveco del pasillo noté que mi maquinaria no funcionaba correctamente, como si alguien hubiera estado toqueteando dentro. Soy proclive a indisposiciones y lesiones de todo tipo, pero aquello era extraño; en seguida descarté los gases como diagnóstico. Parecía un pinchazo de contractura en la espalda, junto a la columna, pero al mismo tiempo era como si un objeto de punta roma me presionara en una zona concreta del interior del tórax, bajo la axila y el pezón diestros. «¿Tiene que pasarme justo hoy?», gruñí frustrado al pensar en la agenda de prioridades previstas para ese 1 de abril. Con esos dolores no podría ni ponerme delante de la tele, y empecé a preocuparme por si persistían hasta las ocho y media de la tarde. (Es curioso, pero de haberme referido a apenas quince minutos después, habría dicho las nueve menos cuarto de la noche, no de la tarde, como si el pitido inicial marcara la frontera entre un periodo temporal y el otro, y fuera el punto de partida de todo lo trascendente).

Tras el café tocaba el cigarrillo, así que me dirigí a fumármelo donde el humo no molestaba al resto de la familia. Que mi pecho no carburara bien no fue motivo suficiente para mantenerme alejado de la nicotina. Antes de llegar a la terraza ya iba encorvado, sujetándome el pecho y dando boqueadas lentas y profundas para coger el aire. Solo faltaba el chorreo de la sangre para que me confundieran con un recién apuñalado. Pueden creerme si digo que he olvidado si encendí o no aquel cigarrillo, pero juraría que le di alguna calada.

Cuando comuniqué a mis padres lo que me pasaba, decidimos que lo mejor sería ir al médico. Mientras me vestía con dificultad porque mi cuerpo tendía a encogerse sobre sí mismo para sentir menos presión en el pecho, iba tomando conciencia de que algo fallaba en la toma de oxígeno: ya no era una maniobra tan involuntaria. Creo que fue entonces cuando comencé a tener miedo.

Han pasado más de quince años, por lo que tampoco me acuerdo de quién me llevó a Urgencias; yo no estaba en condiciones de conducir. En cambio, recuerdo con absoluta nitidez que, mientras esperaba en el aparcamiento junto al Córdoba a que llegara... mi padre, fue mi padre... encendí un cigarrillo, en un gesto que yo mismo calificué como una estúpida muestra de clase y valentía. No obstante, un ramalazo de prudencia me llevó a no consumir más de la mitad, entre la certeza y la intuición de que sería el último que me fumaría en mi vida. Arrojé la colilla como el que se despide de alguien querido para siempre. «Y cómo voy a soportar la tensión del partido», me pregunté mientras contemplaba los restos del pitillo.

Antes de ir al hospital nos detuvimos en el local de la federación de vecinos donde dejaba correr el año impuesto por mi declarada objeción de conciencia; tenía que avisar de que ese miércoles no podría acudir a mi puesto de esclavito. Mis ocupaciones allí eran similares a las de un auxiliar administrativo en paro, de modo que el tiempo sobrante había empezado a ocuparlo semanas atrás en algo productivo: informatizar el fichero con el palmarés histórico de diversas competiciones deportivas que venía confeccionando a bolígrafo desde que apareciera Indurain. Ciclismo, baloncesto, balonmano, tenis... y, por supuesto, fútbol. Oigan, cada uno tiene sus gustos y aficiones; no creo que deba ser juzgado por ello.

No imaginan, además, lo complicado que resultaba en aquella época, sin internet, conseguir la lista de ganadores de, por ejemplo, la Copa del Rey femenina de waterpolo. Pillabas datos de donde podías, sobre todo de las publicaciones más o menos especializadas. Confieso que, en mi ingenuidad, entonces aún compraba esos periódicos presuntamente madridistas. ¡Ay, con cuánto dinero he contribuido sin darme cuenta a que la prensa metiera sus manos en mi equipo!

El palmarés que me traía de cabeza era el de la Copa de Europa de fútbol, no porque fuera complicado obtenerlo o aprendérselo, esa no era la cuestión. Ahora mismo les recito los ganadores en orden cronológico; los finalistas me fallan a veces. En el momento en que acontece esta narración, el listado llegaba hasta 1997, cuando aparecía como último campeón el Borussia Dortmund. Si por algo me preocupaba esa enumeración de sedes, marcadores, vencedores y derrotados era porque el Real Madrid no lograba el título desde hacía treinta y dos años ya. Treinta y dos. Los jovencitos de ahora se alarman porque apenas ha transcurrido un tercio de esa racha. Los entiendo: para ellos, la Décima será su Primera. Para mí, aquellos triunfos míticos de los cincuenta y los sesenta no eran más que fotografías en blanco y negro, leyendas cuya emoción nunca había experimentado. Sueños por cumplir.

*1993 Olympique de Marsella*

*1994 Milan*

*1995 Ajax*

*1996 Juventus*

*1997 Borussia Dortmund*

*1998...*

¿Sería, por fin, esa temporada? ¿Cuándo celebraría el triunfo de mi equipo añadiendo su nombre al palmarés? ¿Viviría para ver al Madrid campeón de Europa? Después de que mi adolescencia estuviera marcada por el maldito trienio de finales de los ochenta, ganar ese título se había convertido en una obsesión. Recuerdo el malestar incluso físico que padecí tras el 5-0 de San Siro nueve años antes, las ganas de vomitar por el vapuleo que había recibido como propio. Y justo cuando regresábamos a semifinales para enfrentarnos al campeón vigente, yo iba camino del hospital, a saber con qué dolencia en los pulmones.

Creo que acudimos al ambulatorio, y de allí me derivaron al Puerta del Mar. ¿Conducía mi hermano? Supongo que me harían pruebas, radiografías, pero de aquellos momentos confusos no tengo más conciencia que la de haber permanecido durante un tiempo

indeterminado en la sala de observación, a solas, enchufado a través de una mascarilla a una bombona de oxígeno y separado de otros pacientes por cortinillas blancas. O al menos es el color con que las evoco. Ese aire enriquecido que aspiraba estaba frío, y respirarlo me producía un placer sucedáneo del tabaco.

Frío agradable y soledad.

Mientras esperaba los resultados —la medicina es resultadista—, experimenté una sensación de soledad apabullante, íntima hasta los huesos y hasta los pensamientos que no se confiesan jamás. Y entre todos esos pensamientos sobre la vida y la muerte, el puñetero fútbol no dejaba de colarse. Desconocía la gravedad de lo que sucedía en mi pecho y, sin embargo, mi preocupación era que lo que tuvieran que hacerme los médicos para curarme, acabara antes de las 20:45. Y si debía quedar ingresado, que hubiera una tele en la habitación.

Resultó ser un neumotórax espontáneo.

El aire de mi pulmón derecho se había infiltrado, a través de una pequeña grieta, dentro de la cavidad pleural, provocando su colapso. Me explicaron, aunque entonces no me enteré bien, que la cavidad pleural es un espacio muy delgado lleno de líquido, situado entre la pared exterior de los pulmones y la membrana (la pleura) que los recubre. El aire que respiraba llegaba al pulmón, de ahí se escurría dentro de dicha cavidad, que crecía a ritmo de fuelle, y el pulmón se hacía más y más pequeño, aplastado por el aire fugitivo. Comparado con su gemelo, el pulmón derecho parecía una pasa arrugándose igual que se deshinchaba una pelota. Considerando que las causas principales del neumotórax son la fractura de costillas, apuñalamiento, enfisema o fibrosis quística, ¿por qué se había producido esa rotura en mi caso, si no habían mediado accidente o enfermedad? Los médicos dijeron que yo estaba incluido en el grupo de riesgo de afectados por el neumotórax espontáneo: varón, joven, delgado, alto y fumador. Precisamente, en aquella época se me podía definir como delgado, puesto que fumaba: el humo me llenaba el estómago y no tenía apetito. Después de todo, resultó ser cuestión de gases.

Así que la urgencia era drenar el aire. Y para ello debían someterme a una operación quirúrgica. Nada del otro mundo, pero operación al fin y al cabo. Era mi primera vez.

Una enfermera me rasuró el vello del pectoral diestro. Fue una circunstancia de lo más extraña, para nada erótica, y me sentí ridículo. Medio pecho velludo y la otra mitad con un claro rectangular como las señales extraterrestres en los campos de maíz. Luego, el doctor comenzó a manipular la zona. Yo no miraba, por lo que no supe la extensión exacta de la cánula que me introdujo en el tórax hasta que me la extrajeron unos días más tarde. Si en ese momento hubiera conocido su longitud, no habría creído posible que me cupiera tanta.

Maldita serpiente succionadora. ¡Cómo dolía!

De las siguientes horas, las previas al partido, no recuerdo más que el dolor, un dolor con epicentro bajo el esternón e irradiado hasta las uñas de los pies y las pestañas, como de rastrillo interno que me arañara todos los músculos al moverme. Ni siquiera el nolotil en vena me aliviaba, e incluso un gesto leve como girar el cuello hacia la pantalla, me resultaba insufrible.

Quería dormirme, descansar, y que ya fuera mañana, pero tenía que resistir hasta que acabara el encuentro...

*1993 Olympique de Marsella*

*1994 Milan*

*1995 Ajax*

*1996...*

Quedaba poco para que comenzara... y una hora y cuarenta y cinco minutos después del pitido inicial, podría cerrar los párpados, aunque sin brusquedades, despacito...

Y entonces sucedió el bochorno de la portería.

Ahora que lo cuento suena a chiste, pero aquel incidente me supuso gastar fuerzas de las que apenas disponía para permanecer medio despierto, abotargado por el analgésico, y ver el partido. ¿No se les ocurrió tirarla otro día? ¿Tuvo que ser ese? ¿Cómo es que no teníamos portería de repuesto en el estadio? La leyenda del club arrastrada por el suelo.

A consecuencia del retraso, hasta los alemanes se quejaron de haber tenido que jugar a una hora a la que ellos acostumbran a dormir. Yo resistí despierto como pude mientras el Madrid derrotaba al Borussia por dos goles a cero, obra el segundo del célebre Karembeu, tan denostado por la prensa y por sus propios aficionados, como vital ese año para levantar la copa.

Si les soy sincero, no recuerdo nada de aquel histórico enfrentamiento.

Sin embargo, mientras el madridismo asocia la Séptima en su memoria a la fecha del 20 de mayo, yo tendré siempre presente la del 1 de abril. Ese día en que, postrado en una cama de hospital, vi cómo mi equipo avanzaba imparable hacia la final de la Copa de Europa. Había que disputar aún la vuelta y el partido definitivo en Amsterdam, pero sería mi primera final, y la consecución del sueño se acercaba.

*...1998 Real Madrid*

Y así pude, por fin, respirar un poco más tranquilo.